



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

TOMÁS MUÑOZ Y LUCENA



Su cuadro *Las lavanderas* le acreditó de notable y dió la prueba palpable de que es un pintor de veras.

SUMARIO

TEXTOS: De toda en poca, por Luis Taboada.—¡A él!, por Fianro Iriy-
aon.—Baños de mar en casa, por Juan Pérez Zúñiga.—Palique, por Cár-
ra.—Amor platónico, por José Estremera.—Un ciudadano, por Sinesio
Delgado.—La cocina, por Francisco Flores García.—La vara de la jus-
ticia, por Rafael Torromé.—Chismes y susatos.—Correspondencia par-
ticular.—Anuncios.

CRABADOS: Tomás Muñoz Lucena.—¿Qué oyen ustedes!, por Cilla.—A la
vejez, por Manolita.



A JOSÉ ESTREMERERA

Mi querido compañero: Veo, por el precioso romance que me dedicas en el último número de este periódico, que no iba des-
caminado al suponerle feliz. Creía, y sigo creyendo, que cuando
un hombre se quita la barba, es porque no tiene penas.

Por regla general, los que sufren no se cuidan del rostro para
nada y dejan que se les llene la cara de pelos. Así hice yo en cierta
época de mi vida; andaba por ahí con el rostro lo mismo que un
felpudo, porque tenía una novia y un día la encontré hablando
en la escalera con el mancebo de la botica de abajo, y al pedirle
cuentas de su conducta me mandó á paseo. Entonces yo, herido
y menospreciado, pensé matarme, pero después de reflexionar,
resolví escribirle unos versos en *El Faro de Vigo*, llamándola
"perjura," y "fementida," y "aleve," con esto me desahogué. Des-
pués se me llenó el cuerpo de granos con la rabieta, y todo mi
afán era buscar los sitios solitarios y leer las poesías de D. Vi-
cente Barrantes, para ver si fortificaban mi espíritu; pero lo que
conseguí fué aborrecer la métrica española y perder la afición
á los endecasílabos.

Á todo esto había abandonado mi rostro al acaso, y lo más que
hacía era lavarme con la punta de la toalla; de manera que se me
cubrió la faz de pelos encrespados, y la patrona, que me quería
bastante, porque yo era hombre de poca comida, comenzó á de-
cirme:

—Vamos, D. Luis, afeítese usted, que es una lástima verle con
esos flecos en la fisonomía.

—Es que me dejó la barba, doña Ramona.

—Eso no es barba: es un estropajo.

Pero yo estaba demasiado triste para afeitarme, y así conti-
nué hasta que vino á verme la madre de mi novia y me dijo:

—Usted se ha otendido por nada. Isidora le quiere á usted
mucho.

—Entonces, ¿por qué admitía los obsequios del mancebo?

—No, señor; no los admitía, ni menos pensarlo.

—¿Qué hacían, entonces, en la escalera?

—¿Quiere usted que le sea franca? Pues bien, yo tengo un lo-
banillo.

—¿Qué escuchó!

—Sí, señor, en una esdera, tanto que no he podido nunca gas-
tar sobrefalda. El mancebo de la botica de abajo es quien me
proporciona los medicamentos que necesito para mi curación.
Ya sabe usted mi secreto.

En vista de aquella manifestación, comprendí que debía afei-
tarme y volver al lado de Isidora, que me recibió más enamora-
da que nunca. Entonces vi claramente que era verdad lo del lo-
banillo, porque Isidora y su mamá olían á cerato desde una
legua.

Excuso decirte, querido Pepe, que aquellos amores acabaron
de mala manera, como todo lo que yo emprendo.

Isidora, la virgen de mis sueños, la *stella confidante* de mi ven-
tura, después de jurarme que sería mía ó de la tumba fría, fué
y se escapó una mañana con el mancebo; y él, que era un tuno

muy grande, la dejó abandonada en una casa de huéspedes de la
calle del Humilladero, envuelta en unos trapos.

Créeme, casi todos los que usan barba corrida son muy des-
graciados. El afeitarse significa que el ánimo está tranquilo y
que el hombre piensa en los placeres del mundo y en el amor de
las chicas.

Da gusto ver á esos caballeros que entran en la peluquería de
Almeida con la faz sonriente y los ojos velados por el placer.

—Adiós, D. Leoncio—dice el dependiente, preparando la silla
en que va á sentarse el parroquiano.

—Hola, Antonio. ¿Qué hay?

—Pues usted dirá. Afeitarse, ¿eh?

—Naturalmente!

—¡Vaya, vaya! ¿Conque usted siempre tan guapo?

—¡Psch!

—Buen tunante está usted.... ¿Hace daño?

—No; puedes apurar todo cuanto quieras. La cuestión es que
quede la cara completamente lisa.... Oye, á ver cómo procuras
ocultarme este granito.

—¿Como no quiera usted que lo tape con cosmético!

—¿No tenéis alguna pomada especial?

—No, señor.

—¡Caramba! ¿Verdad que este grano me desfigura?

—¡Quiá, no, señor! ¡Si parece un lunar opaco! ¿Pongo un hie-
rro al bigote?

—Eso no se pregunta. Ponme el hierro y brillantina y poma-
da húngara, y todo lo que tengas. Sí, Antonio, te lo diré en
secreto: estoy enamorado.

—Pues que sea enhorabuena.

—No alces la voz, porque no me gusta darme importancia.
¿Tenéis alguna pomada especial para los labios?

—No, señor.

—¿Ni para blanquear la nariz?

—Tampoco.

—¿No te parece que la tengo un poco colorada?

—Sí, señor, algo.

—Pues está así desde ayer, y no sé á qué atribuirlo.

—¿Ha comido usted melón?

—Sí.

—Pues es de eso. Aquí viene un parroquiano que siempre que
come melón se le sube á la nariz, y lo que hace es untársela todas
las noches con esperma.

—Te agradezco la indicación, porque yo con esta nariz no
me atrevo á ir á ver á mi novia, ni tengo gusto para nada. Abur,
Antonio, hasta mañana.

¡Si supieran los peluqueros cuán amados son por algunos de
sus parroquianos! El hombre que se hace afeitar con todo es-
mero y va á la peluquería á que le hermoseen el físico, guarda
en el fondo de su corazón profunda gratitud hacia aquel que le
embellece y le abre las puertas del amor.

Por el bien parecer, los parroquianos se contienen, pero habría
más de uno y más de dos que, al verse hermoseados y bien olientes,
se arrojarían en brazos del peluquero é imprimirían en su faz
media docena de ósculos.

¿Te has quitado la barba, querido Pepe? Pues eso me prueba
que quieres agradar. Tú mismo lo das á entender en el bello ro-
mance del número pasado....

¡Ay, Pepe! ¡Tú eres feliz!

LUIS TABOADA.

¡ Á É L !

(COMPOSICIÓN INÉDITA DE UNA POETISA)

Deja, luz de mis ojos, prenda adorada,
que te cante la dicha de mis amores,
como cantan á solas en la enramada
con alegres gorjeos los ruiseñores.

Deja que mis cantares, lucero mío,
puedan con entusiasmo decirte á coro
el afán imprudente con que te ansío
y el amor insensato con que te adoro.

Déjame, sí,
ya que de amores muero
sólo por tí.

Te vi ayer paseando por la Zurríola,
mientras yo te miraba desde la acera,

sonrosado y fragante cual la anapola
y flexible y esbelto cual la palmera.

¡A cuántos señoritos dabas enojos
y á cuántas inspirabas mil tentaciones,
con el ala inclinada sobre los ojos
y un poco remangados los pantalones!

¡Ángel de amor,
yo te juro que estabas
encantador!

Conozco á mucha gente que se incomoda,
siguiendo una costumbre bastante rancia,
porque no puede nunca seguir la moda
ni vestir como vistes con elegancia.

¿Que doblas los calzones aunque no llueva
y que el ala te bajas aunque haga sombra?
¿Pues por qué te critica, si es moda nueva?
Y si eso es elegante, ¿de qué se asombra?

¡Viste tú bien,
y que rabien los otros
cuando te ven!

Tal vez te llame alguno sistemésina
y te tache envidioso de petalante;
pero á tí no te importe tal desatino,
porque así pruebas que eres más elegante.

Ríete de esas necias murmuraciones,
desecha esas costumbres curules y viejas,
y lleva remangados los pantalones
y el ala del sombrero sobre las cejas.

¡Ángel de amor,
ya te he dicho que estabas
encantador!

Y ahora que te he cantado, sólo inspirada
en el loco entusiasmo de mis amores,
como cantan á solas en la enramada
con alegres gorjeos los ruiseñores,
acepta mi cariño, que es verdadero,
y consérvalo siempre como un tesoro,
que por tí me desvivo, porque te quiero,
y por tí me intereso, porque te adoro.

Encarnación
Rodríguez y García
de Pasarón.

Por la copia.
FIACRO YRÁYZOZ.

BAÑOS DE MAR EN CASA

En menos que canta un gallo
voy á contaros el hecho
de que es teatro una casa
de huéspedes peseteros
que hay en cierta callejuela
de Madrid. Doña Remedios,
la patrona, por la gracia
de Dios y la de su yerno
(del yerno de ella, se entiende,
que la dejó casi en cueros),
dándose baños en casa
lleva dos meses lo menos.

Esto, por sí, no merece
ni aun la pena de exponerlo;
pero el caso es que la buena
mujer (cuyo bisabuelo
fué piloto y cuyo padre,
si no fué un buen marinero
en las aguas del Cantábrico,
lo fué en las del Ministerio
de Marina) dió en la tema
de que la pedía el cuerpo
baños de mar este año;
mas al verse sin dinero,
tomó un baño solamente,
y no en Gijón ni en Laredo,
sino en la tienda que puso
enfrente un hojalatero.

Ya puesta en el duro trance
de resignarse ante aquello,
que no era baño de mar,
sino de zinc, y no nuevo,
¿qué diréis que se le ocurre
á la tal Doña Remedios?
Dar al baño, en lo posible,
la calidad y el aspecto
del mar, echando en el agua
salmonera, peces diversos,
pedruscos, algas marinas,
caracoles y cangrejos.

Y hoy, satisfecha, zamballe
en el líquido elemento,

como buena anfibia, todos
sus contornos pintorescos,
mientras el agua produce
un oleaje modesto,
merced á los resoplidos
que, al ejercer de bañero,
le da un huésped, comandante
retirado del ejército
(aunque no de la bañista,
de quien es amigo y deudo).

Hasta aquí no tiene nada
de extraordinario el suceso:
una mujer que se baña,
uno que sopla.... y *laus Deo*.
Lo raro es que han advertido
sus diez huéspedes anémicos
que desde que comenzaron
los baños de mar caseros,
todas las noches les ponen
de cena arroz con cangrejos,
que están un poco salados,
pero que saben al pelo;
y, según la Maritornes
ha contado á su sargento,
si sobra algún cangrejillo
después de la cena, el memo
del comandante lo coge
con cautela y lo echa dentro
del baño para otro día.
De manera que hay cangrejo
que del baño á la cazuela
cinco ó seis viajes ha hecho,
llevando arroz á las olas
y á la cazuela misterios.

La patrona, que así ha visto
realizado su deseo,
anda tan gorda y tan fresca
tomando baños de asiento,
y á la vez sus diez pupilos,
ignorantes del secreto,
de gusto todas las noches
se chupan todos los dedos.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

PALIQUE

Tal vez recordarán ustedes que hace dos ó tres semanas decía
yo no sé qué perrerías de la empuetada inspiración poética del
Sr. D. Manuel Lorenzo d'Ayot.

Pues ahora aprendan lo que es modestia, ó resignación, ó filo-
sofía, ó lo que sea, los Sres. M. del Palacio, Cano, Velarde, Fe-
rrari, Grilo, Novo, Juan Rana, Bonafoux, Carton y demás escri-
tores de quien yo he tenido que hablar mal, muy á pesar mío.

Hé aquí la tarjeta que acabo de recibir en compañía de dos
obras dramáticas que me regala el Sr. D. Lorenzo:

"Sr. D.... Distinguido señor: He leído su artículo del MADRID
CÓMICO y he pasado un rato delicioso. En cambio de él le envío
dos de mis libros (la venganza es un placer de los dioses, señor
D'Ayot). Con tal motivo tengo la satisfacción de ofrecerme se-
guro servidor, Q. B. S. M., Manuel Lorenzo d'Ayot, caballero de
varias órdenes extranjeras (como Jove y Hevia), director de
La Reforma Literaria."

Allá va mi contestación:

"Sr. D. M. L. D'Ayot: Es usted de oro, y si lo que usted se ha
propuesto es hacerse inmortal, cuente usted con que yo arrinaré
el hombro para ayudarle en su noble propósito todo lo que
pueda. Es más, si usted me apura, soy capaz de colaborar en esa
revista que usted anuncia y que se llama *La Reforma Literaria*,
Pero, Sr. D'Ayot, si usted es efectivamente tan rico como dicen,
y quiere gastar alegremente su dinero protegiendo las letras,
debe usted dedicarse á dormir sobre sus laureles y dejarnos á
unos cuantos admiradores de usted la tarea de reformar la lite-
ratura esa, siempre á nombre de usted.... y con el dinero de us-
ted. Déjenos usted á Sinesio, á Taboada y á mí, por ejemplo,
unos cuantos milloncejos por sucesión *inter vivos*, ó *mortis cau-
sa*, eso como usted guste, y verá cómo á la vuelta de pocas se-
manas no se nos conoce de relucientes y limpios y fijos, con lo
cual se habrá reformado la literatura lo suficiente para ir tiran-
do. Soy de usted con la mayor consideración y también muerto
de risa, seguro servidor Q. B. S. M. y su *Reforma Literaria*,—
Clarín."

En cuanto á las nuevas obras que el Sr. D'Ayot me envía, basta
decir que una se titula *La Condesa Leonor*, de la cual le dice
el autor al "Sr. D. Público.... tiende tu mano á la Condesa Leo-
nor, desdichada hija mía, que viene sacudiéndose el polvo...."

Lo que parece ser es que al Sr. D'Ayot, que era riquísimo, le
han explotado y le han limado algunos parásitos, merced á unos
cuantos cartuchos de perdigones.... literarios; y él, que habla
de sus salones *desvalijados*, debiera quejarse á la autoridad y dar
más señas, prescindiendo del estilo romántico.

No se fie el Sr. D. Lorenzo de los artistas: los hay que sienten
mucho, pero roban candeleros de plata sin que se sienta.

¡Ah!.... ¡Y que no se meta usted á político, sobre todo, nada de
reformismo!

Deje usted que el mundo se reforme solo. Y usted no haga
más que una cosa: echar la llave.

Usted que es literato, ¿ha leído el *Timón de Atenas*, de Shakes-
peare? Pues mírese en ese espejo.

El jefe de vigilancia encargado de procurar que en la estación
no se silbara á Cánovas se llamaba Pita....

Pues, si el abad juega á los naipes....

El P. Mortara se desmayó, y por poco se muere del susto, por-
que le picó una avispa cuando estaba celebrando el santo sa-
crificio de la misa.

La verdad es que comparada con la del *Mártir de Gólgota*, deja
bastante que desear la presencia de ánimo del P. Mortara.

¡Fuego de Dios! ¿qué sería
si leyera á Nocedal!

¡Por una avispa ponerse á morir! ¡Ni que fuera el *gusano roc-
dor de la duda* ó del *análisis*! ¿Que le echen avispas al Sr. D'Ayot!

La revista titulada *Les matóns espagnols* anuncia la próxi-
ma publicación de una serie de retratos de hombres políticos
nuevos, y entre ellos cita á Cánovas.

Cánovas no es nuevo, lo que hay es que le han puesto como
nuevo, y por eso el barón Stock lo cree tan flamante.

¿Qué le habrá hecho el queso de Burgos al Sr. Cánovas? Ello
fue que en Vitoria le negó, lo que no se puede negar á ningún
queso bien nacido, que tuviera bastante leche.

Pero es fama que el queso de Burgos, al saber de tales cen-
suras, que no están á la altura de su desprecio, se puso á mirar
á Cánovas, se encogió de hombros, y exclamó:

—¡Ta day, prueba!

CLARÍN.

AMOR PLATÓNICO

Á LUCIANA

¡Dices tú que el cariño que profesas
á aquel gentil mancebo
es fraternal y en él no hay esperanzas
ni nunca habrá recuerdos!

¿QUÉ OYEN USTEDES?



Misa de alba.



Misa de tropa.



La prueba de la traición de ella.



Los pasos del marido.



Una comedia en tres actos, original y en verso, honestita, decentita y bien hablada.



Bastoneo en las butacas.



La petición del fiscal.



Rumor de besos y batir de alas.



Voces de ¡á ese!



Ruido de platos.



Una barbaridad.



La misma barbaridad, seis años después.



Todo lo que se susurra en la vecindad.



La Marsellesa.



¡El gato!



Todo género de injurias graves.



Una conferencia sobre las «Bases precisas para el planteamiento de un buen sistema bancario, arancelario y penitenciario.»



Yo nada. Soy sordo.

¡Que es tan puro que venga te lo inspirado
livianos pensamientos!...
Ahora que estamos solos, dulce amiga,
voy á contarte un cuento.

Era Juan un muchacho como pueña
pintártelo el deseo,
y en Laura, yo, que tengo muy buen gusto,
no pude hallar un pero.

Honor, moral, ideas... todo... todo
estaba contra ellos;
por lo tanto, era amarse un imposible...
Así lo comprendieron.

Mas como el alma es libre, se juraron,
á solas un momento,
amarse como se aman las palmeras,
mirándose de lejos.

Que siempre el uno al otro mandarían
todos sus pensamientos,
en llanto por las olas de los mares,
y por el aire en besos.

Que tendrían sus citas misteriosas,
de noche en un lucero,
y de día en el sol, que miraban
los dos al mismo tiempo.

Hoy se miran los dos en un arcángel
de rizados cabellos...
Los amores románticos, Luciana,
siempre acaban en uso.

JOSÉ ESTREMEIRA.

UN CIUDADANO

Pepito es un zote,
como hay más de ciento,
que no tiene pizca
de conocimiento.

Se nota la falta
cuando abre la boca.
¡Y todos lo saben!
¡y á nadie le chocó!
¡Así está en el mundo
la cosa arreglada!
Saber que Fulano
no entiende de nada,
que es tonto, que es oso,
que es zafio, que es huero,
que más que persona
parece un madero,
que sólo se espera
de tal botarate
que salga del paso
con un disparate,
y hacer caso omiso
del impertinente
tratándole en serio...
es cosa corriente.

Paes bien, el Pepito
que dice mi cuento
que no tiene pizca
de conocimiento,
salió no se sabe
de dónde ni cómo,
y ya llevo dicho
que es necio y es tonto:
ni tiene carrera
ni pudo acabarla
y... no lo parece
según lo que charla.
Como es consiguiente,
en nada se ocupa:
si gasta, se ignora
de dónde lo chupa.

Pero es, por desgracia,
lo cierto del caso
que nadie se mueve
sin verle á su paso.

Recorre paseos,
frecuenta salones;
sin él, ya se sabe
que no hay couillones;
á toda la gente
conoce sin duda,
con todos platica
y á todos saluda;
donde hay dos personas
allí se presenta,
y es cosa segura
que á entrambas revienta.

En toda su vida,
según he oído,
no ha dicho palabra
que tenga sentido,
y va paseando
de noche y de día
la carga terrible
de su antipatía...
¿Cómo es que Pepito,
con tales defectos,
discute y alterna
con hombres correctos?
¿Cómo es que, premiando
la estúpida audacia,
le aprecian las hembras
de la aristocracia,
figura de guerra
y vive del sable
y á ratos parece
persona notable?

Problema insoluble,
¡por nuestra miseria
de no incomodarnos
con la tontería!

SINESIO DELGADO.

LA COCINA

El afán inmoderado de cosas materiales es síntoma infalible
de la decadencia de los pueblos.

El placer de la gula es quizás el que con mayor precisión marca
esa decadencia.

Hay quien come para vivir, y quien vive para comer.
Por virtud de esa decadencia de que hablo, pareceme que están
en mayoría los últimos, que cuando de comer se trata son
los primeros.

No de otra suerte se explica la excepcional importancia que
hoy se concede á cuanto se relaciona con la cocina.

Lo que antes era *Manual* es ahora *Conferencia*, y lo que par-
ticipa del dominio exclusivo de cafeteros y fondistas, ha venido á
ser honda preocupación de escritores y filósofos, de guerreros y
de estadistas, de músicos y de danzantes.

Se habla con encomio de la *cocina selecta* de cierto ilustre ge-
neral, y se nos participa, en letras de molde, que en casa de un
crador ilustre se come un arroz con pollo "que no se comé en
toda la Península."

Si guiendo esas corrientes de la giotonería, se oye también de-
cir con bastante frecuencia:

— Fulano *sabe* comer.

¿Qué honor para Fulano!

Siempre que oigo hablar de una buena mesa, pienso, lógica-
mente, en el ebanista que la ha construido.

No se me alcanza que sea buena por el solo hecho de *susten-
tar* exquisitos manjares.

No piensa así, por lo visto, la generalidad.

Con su pan se lo coma.

Conferencias culinarias, que periódicamente se publican; sen-
dos artículos (culinarios también) en los diarios de mayor circula-
ción y empeñadas polémicas sobre el *arte* de guisar, prueban
que la generación presente, y con particularidad los que se lla-
man sus directores, casi no piensan más que en comer, convir-
tiendo en placer refinado la más prosaica y sencilla necesidad
de la existencia.

En buen hora.

No me molestan poco ni mucho las *Conferencias*, y así se haga
rico con ellas su autor Angel Muro. Discutan cuanto quieran
sobre salsas y fritos las personas competentes en la materia,
que esa es un derecho legítimo, y cada uno es dueño de llegar
hasta la indigestión si le *da la gana*...

Lo que no puedo pasar sin protesta es la pretensión de doña
Emilia Pardo Bazán, que quiere nada menos que desterrar á la
mujer de la cocina.

Ella misma lo dice en *El Imparcial*, en los siguientes pintores-
cos términos:

— Faldas y pelo largo... ¿Qué cosas más aborrecibles al canto
de la hornilla!...

¿Por qué, señora? Las faldas no son aborrecibles en ninguna
parte.

En primer lugar, el cocinero pueda también dejarse el pelo
largo, si le parece oportuno, y cuanto al inconveniente (para
usted) de las faldas, mandiles hay tan amplios como las faldas
mismas, teniendo que descontar, forzosamente, en el cocinero las
gracias propias del sexo á que usted pertenece, mi señora doña
Emilia.

La pretensión de la distinguida escritora puede ser, ante todo,
causa de hondísima perturbación en el seno de las familias.

Para muchas gentes tienen autoridad las letras de molde, y si
al pie de esas letras va una firma respetable (la de D.^a Emilia,
por ejemplo), autoridad indisentible.

Pues bien, figúrese la Sra. Pardo que las señoras de la clase
media (esas de quiero y no puedo) toman por lo serio ese abo-
rrimiento á las faldas y al pelo largo dentro de la cocina, y
exigen de sus respectivos esposos—ó lo que sean—la *adquisición*
de un cocinero.

Y como el cocinero cuesta muchísimo más que la cocinera,
ahí tiene usted el conflicto y la perturbación, mi Sra. D.^a Emilia.

Pongamos el ejemplo en una clase más modesta todavía: ven-
gamos á la *mujer de su casa*, que tiene ella misma que guisar,
porque no puede pagar cocinera, y se *avía* con una muchacha
que va á la compra y rompe los platos.

Esta mujer toma también en serio la proscripción del bello
sexo del *canto de la hornilla*, y dice á su marido:

— No entro más en la cocina. Las faldas y el pelo largo son
un inconveniente, dos inconvenientes, mejor dicho.

Y el marido, que no puede—ni remotamente—pagar un coci-
nero, se encuentra en una disyuntiva cruel.

O tomarle las faldas y el pelo á su señora—para ponerla en
condiciones de estar al *canto de la hornilla*,—ó tomar él mismo
posesión de la cocina—cortándose el pelo, previamente.

Pero la disyuntiva deja de serlo, porque también dice doña
Emilia en su artículo "que la cocina es la ocupación más *impro-
pia* y *perjudicial* para el sexo femenino," prescindiendo ya del
pelo y las faldas.

Pero ¿por qué es *perjudicial* é *impropia* esa ocupación?

No lo dice la ilustre escritora.

También tengo el sentimiento de no estar conforme con la se-
ñora Pardo Bazán cuando dice:

— Nos encontramos hartos de comida *flatulenta* y aparatosa,
que engaña el apetito sin satisfacerlo y prepara el terreno á la
gastralgia...

Declaro que ni he probado esa comida, ni he sentido, por con-
siguiente, esos efectos...

Queden aquí á salvo todos los respetos que merece la señora
Pardo Bazán. Pero conste también que su pretensión es inad-
misible—por perturbadora—en una sociedad regularmente or-
ganizada.

No creo, ni mucho menos, que debe comerse mal.
Los alimentos deben ser sanos, frescos, limpios, buenos, en

una palabra. Los guisos, sencillos y en su punto. El servicio de mesa, limpio hasta la exageración.... y nada más.

Cuanto al acto material (y brutal hasta cierto punto) de comer, estoy por la sobriedad, que es, á mi juicio, lo más higiénico y lo más sano.

Creo que no debe concederse atención á la comida (aparte cocineras y cocineros) más que en el momento de sentarse á la mesa.

Y cuanto á que sea hembra ó varón el *artífice* culinario, es una de las noventa y nueve cosas que no me importan; aunque si me consultaran, preferiría la cocinera, no por cocinera, si por mujer, porque prefiero las mujeres, para todo.

Hay, sin embargo, una excepción, es decir, un *cocinero*, cuyos platos devoro con ansia, con verdadera glotonería:

Mariano de Cavia.

Le contrataría con muchísimo gusto....

Si hubiese dinero con qué pagarle.... y yo tuviera ese dinero.

FRANCISCO FLORES GARCÍA.

LA VARA DE LA JUSTICIA

(SÁTIRA)

Los cargos públicos gozan en Belén tanto descrédito, que á hombres y á mujeres públicos los miden por un rasero. *Papam habemus*, se dice, exaltando á un papa nuevo, y allí, al nombrar un alcalde, exclaman:—*¡Ladrón tenemos!*

Hubo allí un gobernador que más que un hombre era un ciervo, pues viviendo entre gazapos, le despuntaron cien cuernos. Otros autores afirman que era el tal un zorro viejo, graduado en zorrerías y doctor en gataperios. Este, á un alcalde novel dió la vara y nombramiento, desgraciándole la gracia con los siguientes consejos: «La virtud en el alcalde estriba en mirar á tiempo, y en el grado y en la forma que reclamen los sucesos; así tendrá usted que ser, aunque les vea los tañancos, con los benévoloos bizco, con los protegidos tuerto, con los paniaguados turbio y con mis amigos ciego. Mas si fueren enemigos abra más ojos que un queso, que en materia de gazapos lo más compensa lo menos. Puede hacer la vista gorda cuando tope con el juego, y aun puede cerrar los ojos si abre la bolsa primero; usted me dará noticia contante y sonante de ello, que como yo tenga *parla*, jamás lo tendrá el gobierno. Si proyectan ensanchar los arrabales del pueblo, me compra usted, bajo mano, los ñiñones del proyecto,

y cuando valgan tres veces lo que hoy valen, los vendemos; porque fuera criminal dejar un negocio muerto. Le dice usted al alcalde que mate de hambre á los presos, que mantener presidiarios no es digno de caballeros; y si lo hace de esta suerte quedaré tan satisfecho, que le tengo que ayudar en todo «.....» desempeño. Las cuentas que ha de rendirme haga por que lleguen presto, que yo las pondré *corrientes* en muy brevísimo tiempo, y aunque resultaren sucias, no las detenga por eso, que los ochavos que resten por acá los *limpiamos*.» A todas estas razones estuvo el alcalde atento, mientras daba con las manos vueltas á su ancho sombrero. El gobernador le dió la vara y el nombramiento, y, requiriendo la vara, exclamó el alcalde nuevo:—*¿Para qué sirve este palo?*

—Para hacer justicia.

—¿Y puedo hacerla desde ahora?

—Si, desde este mismo momento. Apenas dijo esta frase aquel gobernador ciervo, cuando el alcalde le dió un garrotazo soberbio, casado y con gran familia, pues fué padre de otros ciento. Socorrió el gobernador demandaba á voz en cuello, mientras decía el alcalde acentuando el vapuleo:—Ahora cumplo con la vara; lo demás lo haré en el pueblo.

RAFAEL TORROMÉ.



El paquete de ejemplares del número anterior destinado á Huesca no ha llegado á su destino.

Cosa que me ha sorprendido desagradablemente. Aunque supongo que el extravío habrá sido casual y no intencionado, pues no hay nadie que para enterarse de lo que dice un periódico se llevé un paquete entero á su casa.

Pero si, á pesar de esta piadosa suposición mía, se lo ha llevado alguno.... ¡quéguale Dios la entrada en su santa gloria!

Un sacerdote de Villar del Zorzo siempre lleva en su casa puesto un gorro; otro cura de Andorra gasta un bonete que parece gorra; el párroco de Caldas (don Mateo) se pone solamente solideo, y el que va á predicar á Pradolongo sale siempre á la calle con el bongo.

¿Por qué, teniendo gustos tan extraños, todos usan criadas de quince años?

GONZALO A. RAMÍREZ.

Len:

«A poco rato de Getafe, en pleno campo, se halla un cierto llamista de los Angeles.»

¿En pleno campo?

¡Caramba! ¿Pues dónde quería usted que estuviera el cerro?

De la iglesia de Valdemoro han robado el traje, el manto y las alhajas de la Virgen.

¿Toma! pero ¿todavía había una Virgen que tuviera alhajas?

Porque supongo yo que la iglesia que quedaba por robar era la de Valdemoro.

Ahora.... ¡ya pueden entrar los ladrones en cualquier templo de España!

¿Para lo que van á encontrar!

Todavía no ha regresado de su excursión veraniega nuestro querido amigo Sr. Gutiérrez.

Se le supone en Montaignac sur le Seine.

En los pinares de Puente del Duero ha aparecido una partida de bandidos, perfectamente provistos de armas y pertrechos, según los periódicos.

Pues mire usted, más vale que, ya que haya bandidos, estén armados perfectamente.

Y si pudieran estar uniformados además, sería más bonito.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

A. cret.—Confieso humildemente que no lo había leído nunca, pero declaro con no menor humildad que huelo á almanaque de pared que agesta.

Sr. D. A. M.—Granada.—No, eso no. Los sonetos de declaración se mandan á la interesada bajo sobre, pero no se publican en los periódicos.

Sr. D. J. M. L.—Como ser.... todo es de la índole, etc.; pero lo malo es que resulta larguísima.

Fin de siècle.—Sí, muy fin de siècle, y muy pornográficos por añadidura.

Épaminondas.—Tiene gracia, pero el romancillo está muy descuidado. Anda el ritmo como Dios quiere.

Sir Uva.—Siento muchísimo no poder complacerle tampoco ahora.... pero envíe usted algo más, porque tengo verdaderos deseos de hacerlo.

Trasposición.—Pero ¡por San Adrián bendito! Es que con seudónimo desconocido no se publica nada. ¡A no ser que usted quiera que aparezcan sin firma!

Uno que se fija.—Pues está bien dicho; y dispense usted si me atrevo á protestar, yo, misero gusanó.

Sr. L. M. O.—«El águila corre el espacio dando con sus alas cierto ambiente del Eden....»

Dueno; pero ¿usted ha querido hacer endecasílabos? Pues les ha dado usted un ambiente de otra cosa cualquiera.

El vicario.—Se han hecho ya muchísimas parodias de esa composición de Blasco.

Un lactar.—A los amigos que se casan no se les puede decir nada nuevo. ¡A no ser que se les digan atrocidades!

Sr. D. R. S. D.—Pero ¿qué quiere decir eso? No lo entiende nadie. V el verso

«Ois.—Los hombres se volvieron, eran hombres» tiene más sílabas de las que buenamente le corresponden.

Sil.—No he visto nada más inocente. V he visto cosas inocentes en este mundo.

Sr. D. C. A.—Si dijera que versifican usted mal, mentiría. Porque no versifica usted de ninguna manera.

Gracioso.—Menos mal que se lo llama usted mismo. Porque no hay alma viviente que se atreva á tanto.

Camorinus.—«Si la tierra temblase entre sus ejes.» ¡Alto! ¿Cuántos ejes tiene la tierra? ¿Cómo podría temblar entre ellos? Mientras no aclaremos estas dudas, no podemos seguir.

Oscar.—No sirve ninguna cosita.

Tenorio.—Tampoco.

Teléfono 10.000.—Ya ve usted que el Antiguo Testamento es antiguo. Pues eso es más antiguo que el Antiguo Testamento.

Conquistado.—Ya no me falta más que una manera de decir que no puedo admitir artículos: ¡con bocinal!

Socarrón.—Como parodia no está mal, pero al público creería que lo había usted hecho en serio y con toda su alma.

Sr. D. J. O.—Vulgaridades las tres cosas.

Efa.—Muy malo.

A LA VEJEZ....



Si yo no hubiera tenido viruelas á los seis meses.... no me hubiera hecho el feo que me ha hecho ese aguadorote de los demonios!

Lta. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36.

ANUNCIOS

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Estranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Península, 4, primero izquierda.

Teléfono núm. 2.160.

PRECIOS: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

LA COMPAÑÍA COLONIAL

HA OBTENIDO

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS

Medalla de oro, por sus Chocolates.

Medalla de oro, por sus Cafés.

Medalla de oro, por su Tapioca.

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL

MONTERA, 8, MADRID

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCIÓN DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SIMESIO DELGADO

DIBUJOS DE CILLA

FOTOGRAFIADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los libreros y corresponsales, DOS.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:

—Sin encuadernar.—A los suscriptores, 8 pesetas.—A los no suscriptores, 10 pesetas.—Encuadernado en tela.—A los suscriptores, 10 pesetas.—A los no suscriptores, 12,50.

ESPAÑA CÓMICA

ÁLBUM DE 50 CARTULINAS que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos al señor Dijo certificado; á vuelta de correo.